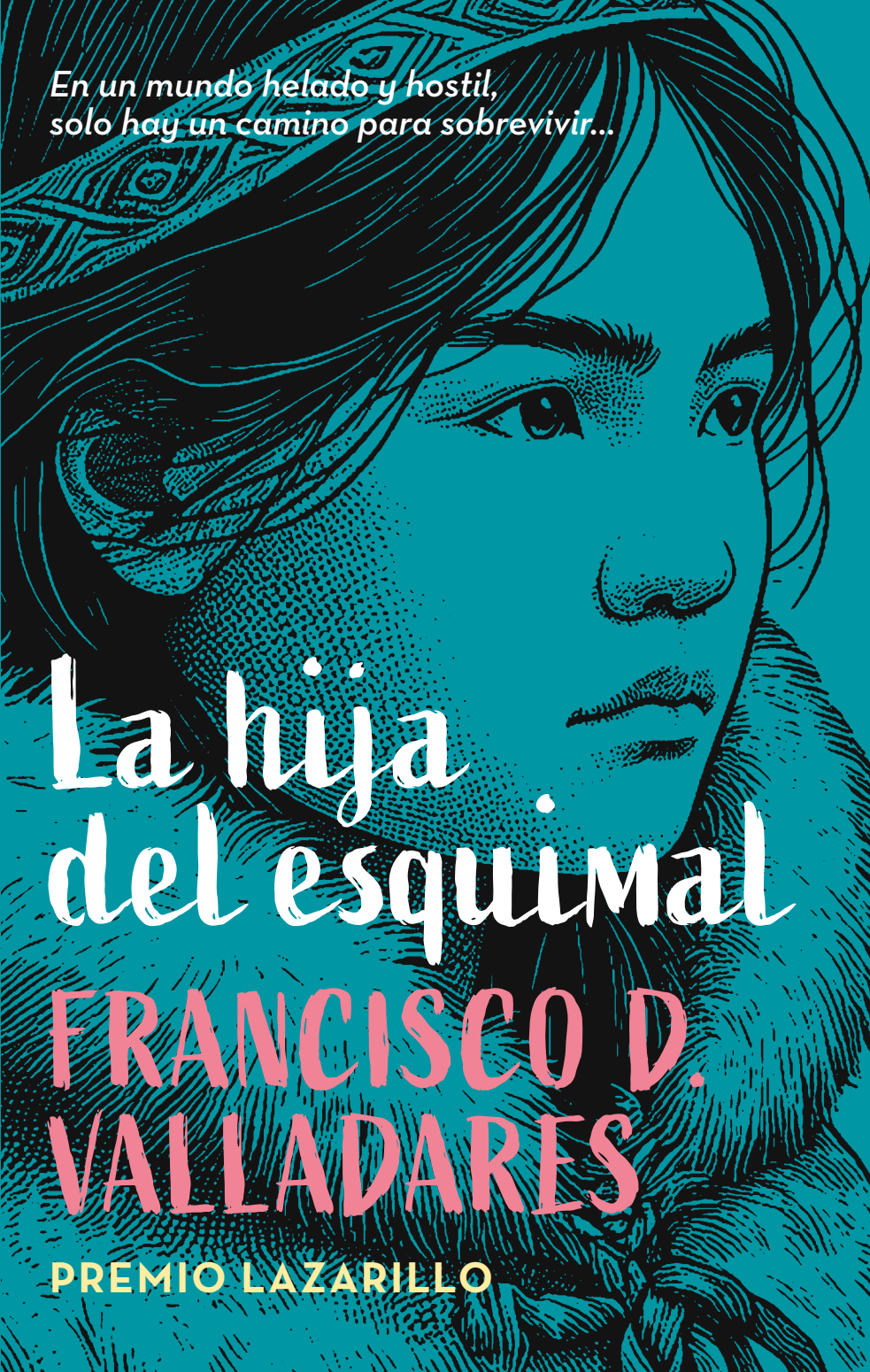




En un mundo helado y hostil,
solo hay un camino para sobrevivir...

La hija del esquimal

FRANCISCO D.
VALLADARES

PREMIO LAZARILLO

La hija del esquimal

La hija del esquimal

FRANCISCO D.
VALLADARES

PREMIO LAZARILLO

edebé

© Francisco Díaz Valladares, 2025

© Edición: Edebé, 2025

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Aurora Iraita

Imagen de cubierta: Aurora Iraita

1.^a edición, septiembre 2025

ISBN: 978-84-683-7402-4

Depósito legal: B. 408-2025

Impreso en España / Printed in Spain



PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A mis amigos:
Juan Antonio Mateo y Cecilia Hallamaa,
Paco Navarro y María Ruiz*

Cuando dudes, mantén la altitud; nunca
ha chocado nadie contra el cielo.

Capítulo uno

Taupek se arrastró por el hielo con cuidado y la vislumbró tumbada cerca de uno de los huecos que le servían de respiradero. Tomó aire y esbozó una sonrisa. Su madre se alegraría, tendrían carne como mínimo para quince días. Escrutó el desierto helado extendido como una manta blanca hasta las montañas lejanas. Una nube de nieve en polvo, arrastrada por la ventisca septentrional, lo barría y le impedía verla con nitidez. «Tengo que acercarme un poco más para no fallar». Antes de continuar torció la cabeza hacia la traílla; los perros, aunque nerviosos, guardaban silencio junto al trineo. Si Taupek cazaba la foca, también participarían del festín. De todas formas, Linduk, el jefe de la jauría, se había sentado frente a ellos y los controlaba paseando la mirada de lado a lado. Si alguno rompía el silencio o alborotaba, se lanzaría contra él y le arrancaría la oreja de un mordisco. La chica volvió la vista al frente y comenzó a acercarse con el sigilo de un zorro ártico al lugar donde se encontraba tumbada la foca. Su padre tenía bien domesticado a Linduk. Solo a él se le permitía entrar en el iglú y en la vivienda, y gozaba de determinadas atenciones, para eso dirigía el trineo.

Se quitó el guante de la mano derecha, que quedó colgando de la muñeca, y enseguida notó el mordisco del frío en los dedos. Debería darse prisa para que no se congelaran. Un día presencié cómo su padre cortaba con un hacha los de un hombre, gangrenados por la congelación. De no haberlo hecho, habría muerto. Con calma, sacó un cartucho de la pequeña bolsa atada a la cintura («Mejor llevarlos pegados al cuerpo para que no se congele la pólvora»), lo metió en la recámara y, tras acerrojarlo, se echó el fusil a la cara. Como siempre, contempló a la foca por el visor de su rifle unos segundos antes de disparar. No podía evitarlo. Le fascinaban sus ojos enormes, redondos, negros como las noches de invierno. Con sumo cuidado quitó el seguro. Clic. La foca giró la cabeza y emitió un sonido sordo. Miraba hacia ella, pero antes de salir y siguiendo las enseñanzas de su padre se había untado una buena cantidad de grasa y el animal la confundió con una de su especie que, como ella, había salido por uno de los respiraderos para tomar aire. No se movió. Por el visor observó cada detalle: las señales de lucha con otras focas, los largos bigotes. Según la maestra de Qaanaaq, servían para localizar a las presas, como si fueran un radar. «Pueden distinguir las vibraciones que dejan los peces en el agua al desplazarse, e incluso se cree que consiguen averiguar de qué especie se trata».

De repente, un grito rompió la tranquilidad de los hielos. La foca dio un salto, se enderezó, giró sobre sí misma y se hundió en el agujero abierto a su lado.

Taupek también se sobresaltó.

¿Presencia humana tan al norte? Unos minutos antes, creyó oír ruidos de motores que desaparecieron enseguida, pero la población más cercana se encontraba a cien kilómetros de distancia como mínimo. Se colocó boca arriba con el fusil terciado sobre el pecho y esperó. La trailla, consciente de que la comida se retrasaría, comenzó a agitarse y a ladrar. Esta vez, Linduk, al comprobar que era imposible arrancarles las orejas a sus seis compañeros del trineo, declinó las enseñanzas de su dueño en favor de la manada y empezó a ladrar también.

Un nuevo grito. Ahora acompañado del rugido de un oso. Procedía del otro lado de los bloques de hielo amontonados a su derecha. Se colocó el fusil a la espalda y gateó rápido hasta descrestar la cima.

Lo que vio abajo no le gustó.

Junto a una moto de nieve, dos personas se encontraban asediadas por un oso macho, enorme. Una de ellas se adelantó con los brazos levantados y el animal le soltó un zarpazo en el hombro y la hizo rodar por el suelo. El oso se alzó sobre las patas traseras, rugió y abrió la boca mostrando unos colmillos de más de diez centímetros de largo. La otra persona, asustada, también cayó de espaldas. Comenzó a gritar mientras arrastraba el trasero por la nieve para apartarse del enorme animal, hasta que tropezó con el cuerpo sangrante de su compañero. Taupek agarró el fusil y apuntó hacia ellos. El que estaba tumbado tenía el hombro destrozado por las garras del oso, que ahora pretendía lanzarse sobre el otro para devorarlo. «Nunca te impacientes a la hora de disparar. Si te enfrentas a un oso,

asegúrate de acabar con él o él acabará contigo». Inspiró y lo contuvo en los pulmones para evitar que la respiración le hiciera errar el tiro. «Apunta al corazón o a la cabeza». Al corazón, pensó. El oso dio un par de pasos tranquilo. Las presas no iban a escapar. Taupek esperó un segundo más y, cuando lo situó en la cruz del visor, apretó el gatillo.

¡Pacum!, sonó.

La mole soltó un enorme rugido y cayó hacia atrás. Taupek metió aire en los pulmones llena de júbilo y se puso de pie, pero cuando pretendía bajar por la pendiente hacia donde se encontraban los dos agredidos, se horrorizó. El oso se había levantado también y movía la cabeza en busca del autor del disparo. Tenía el hombro ensangrentado, pero estaba vivo. Enseguida la localizó. Dejó escapar otro enorme bramido y lanzó hacia ella sus trescientos kilos exhalando enormes bocanadas de vapor.

Taupek se echó a temblar. Por primera vez se enfrentaba a un oso. Enseguida terció el fusil y trató de mover el cerrojo para introducir un cartucho en la recámara. La mano no se movía con la velocidad que hubiera querido. Llevaba ya demasiado tiempo fuera del guante. Estaba casi congelada. No obstante, y a pesar de los dolores lacerantes en los dedos, consiguió tirar hacia atrás del cilindro para que escupiera la vaina del anterior disparo. El oso se aproximaba. Oía los gruñidos, el jadeo y el retumbar del suelo bajo el peso de la mole. Metió la mano helada en la faltriquera lateral atada a la cintura para sacar un nuevo cartucho. Los dedos seguían sin responder. Soltó un grito de desespe-

ración, lo agarró y lo introdujo en la recámara. Apenas le dio tiempo a acerrojar el arma de nuevo y llevársela al hombro. Cuando se asomó al visor, lo tenía tan cerca que solo vio una mancha blanca aproximándose.

Apretó el gatillo casi sin apuntar.

¡Pacum!

Aún vagaba la detonación seca del segundo disparo cuando notó cómo un zarpazo la levantaba del suelo, la impulsaba por el aire y caía sobre el hielo unos metros más allá. Dio varias vueltas por la pendiente. A pesar de estar aturdida, buscó el fusil. Lo localizó un poco más arriba. El oso empezó a descender la ladera arrastrando una ola de nieve en polvo en la bajada. «O tú acabas con él, o él acabará contigo». El instinto de supervivencia la hizo revolverse y coger el largo machete que llevaba colgado en la cintura. El animal se encontraba ya a pocos metros. La congelación de la mano volvió a gastar una mala pasada y se le escurrió el cuchillo de los dedos. No se rindió. Se agachó y lo agarró, ahora con ambas manos. Ya era demasiado tarde, la masa peluda había cubierto la distancia que la separaba de Taupek y se había levantado sobre las patas traseras dispuesta a darle el zarpazo definitivo. La chica cerró los ojos. En el mundo de los inuits la vida y la muerte iban emparejadas, como si una dependiera de la otra. Imágenes de su madre poblaron enseguida sus pensamientos. Ella también moriría de hambre si... De repente, oyó un gruñido rabioso, distinto al del oso, y abrió los ojos.

—¡Linduk! —Se sorprendió y se puso en pie de un salto.

El perro se había enganchado por detrás con un mordisco al hombro herido del oso y no se soltaba a pesar de los movimientos desesperados del coloso animal.

Aguijoneada por la intervención de su fiel jefe de trailla, se lanzó hacia delante esgrimiendo el cuchillo y lo hundió en el pecho de la fiera al tiempo que soltaba un grito. El plantígrado profirió un bramido de desesperación, dio unos pasos y cayó hacia un lado. Enseguida Taupek corrió hacia el perro.

—¿Estás bien? —Se abrazó a él, lo besó y acarició—. Mi fiel Linduk, me has salvado la vida. Mi padre estaría orgulloso de ti.

El animal gemía y le lamía la cara moviendo el rabo sin parar. En ese momento fue consciente de que no notaba las manos.

Se acercó a toda velocidad al oso. Con gran esfuerzo le abrió el vientre con el cuchillo y metió la mano derecha bajo la piel caliente. Si no recobraba el calor, se le congelarían los dedos y tendría que amputárselos. Al poco, estos empezaron a reaccionar en forma de punzantes dolores en las yemas. Sonrió. El dolor era muy fuerte, pero también le anunciaba la recirculación de la sangre. ¡Aún no se le habían congelado! Unos segundos más tarde, después de comprobar el movimiento de las articulaciones, sacó la mano del vientre del animal y la introdujo en el guante de piel. El ladrido furioso de Linduk llamó su atención y giró la cabeza. El perro se encontraba ladrando frente a las personas atacadas por el oso. ¡Se había olvidado de ellas! Subió de prisa un tramo de la pendiente y, tras coger el fusil, se acercó.

—¡Chissst! —chistó Taupek al jefe de la traílla, y enseguida dejó de ladrar.

Una de las víctimas estaba herida, tumbada boca-
rriba, y la otra, de rodillas a su lado. Se acuclilló junto
a ellas y observó a la que estaba erguida. Apenas unas
rendijas abiertas en la cara la examinaron desde el in-
terior de la capucha del plumón azul. Taupek hubiera
jurado que se trataba de una mujer, pero no le prestó
más atención porque se dedicó al cuerpo tendido en el
hielo. Él sí parecía un hombre, a pesar de la braga que
le cubría el rostro. Respiraba con dificultad. La parte
frontal de la parka estaba destrozada, con el plumón
interior asomando por los desgarrones, empapados en
sangre. Taupek abrió con cuidado las prendas. Separó
unas hacia arriba y otras hacia abajo hasta descubrir la
herida. Había dejado de sangrar. De pronto notó una
mano sobre su hombro y se giró rápida.

—Sé..., sé que no me entiendes, pero gracias por
salvarnos la vida —soltó en inglés la persona que esta-
ba de rodillas y se bajó la prenda que le cubría la boca.
Sus ojos, abiertos ahora de par en par, lanzaban una mi-
rada intensa de agradecimiento teñida de azul claro—.
Nos... nos hemos perdido y... Gracias, gracias, gra-
cias. —Se abrazó a la chica y comenzó a sollozar con
el corazón encogido. Luego, se separó y, aunque inten-
taba dejar de llorar, el nerviosismo no se lo permitía.

Taupek la observó unos segundos. Le temblaban los
labios, las manos, todo el cuerpo le temblaba. Era la
reacción propia de quien ha estado delante de un oso
a punto de ser devorada y se ha salvado de milagro.
La tomó por los hombros y la zarandeó un poco para

que se calmara. Las dos se contemplaron un instante hasta que la mujer asintió moviendo la cabeza. La esquimal se levantó y con un gesto de la mano le pidió que esperara.

Soltó un chiflido.

—¡Linduk! ¡*Much, much*! —El perro se acercó enseguida moviendo el rabo y ambos iniciaron la penosa subida de la loma bajo la atenta y preocupada observación de la persona que se había quedado junto al herido.

Unos minutos más tarde había enganchado al perro guía y corría a toda velocidad entre los bloques de hielo con el trineo.

—¡*Whoa, whoa*! ¡¡¡*Whoaaa!!!* —Los perros se detuvieron junto a las dos personas.

La que estaba de rodillas se había puesto en pie en cuanto la vio acercarse y corrió hacia ella.

—Creí que no volverías, no sé quién eres, pero gracias. Por Dios, sácanos de aquí. —Había amargura y miedo en sus palabras y en el tono de su voz.

A continuación, se deslizaron unos segundos de silencio mientras Taupek echaba el ancla del trineo y aseguraba el tiro para que los perros no pudieran seguir adelante.

—Me llamo Taupek, soy una inuit y hablo tu idioma.

—¿Eres una mujer!? —se extrañó.

La chica no respondió.

—Yo..., yo me llamo Melania. Soy americana. Él es mi hijo, mi hijo Steve. Per... per... perdona, las mujeres esquimales...

—No soy una esquimal, soy una inuit —soltó con tono enérgico mezclando su idioma con el inglés—.

Vamos a subir el cuerpo de tu hijo al trineo antes de que empiece a soplar más fuerte el bóreas.

Melania no la entendió muy bien, pero agarró por los pies a Steve y entre las dos lo arrastraron hasta el trineo y lo tumbaron sobre la parrilla. Taupek señaló para que se sentara con la espalda apoyada sobre la *napariak* (la cruceta guía del trineo) y colocara la cabeza de él sobre su regazo. Luego, se dirigió dando grandes zancadas hacia donde se encontraba el oso, sacó el cuchillo que había dejado clavado en la nieve y le quitó la piel con una soltura y rapidez asombrosas. Pensó en sacar la carne del animal, pero para eso necesitaría mucho más tiempo. «Volveré en otro momento». Cubrió el cuerpo con nieve y regresó al trineo arrastrando la piel. Para sorpresa de Melania, la extendió sobre los dos y se dirigió corriendo hacia los perros.

Pensar que aquella piel había estado momentos antes sobre el cuerpo de un animal le produjo a Melania un momento de asco que enseguida desapareció como por arte de magia al comprobar el calor que le aportaba. La esquimal seguía enfrascada con los perros. Los había desatado y enganchado formando un abanico con unas correas que parecían confeccionadas con piel de foca. Cuando terminó, se colocó detrás del trineo y restalló el látigo en el aire.

—¡*Musher, musher!* ¡*Hops, hops!*!

Empujado por Taupek, el trineo consiguió salir y al poco la traílla galopaba sin demasiada dificultad por las interminables llanuras del mar helado. En ese momento Melania entendió el motivo de colocar los perros de tiro en abanico. Al hacerlo de forma indivi-

dual, remolcaban mucho mejor el trineo y les costaba menos avanzar. Sobre todo, así ninguno podía hacerse el remolón. En cuanto alguno bajaba el ritmo y des-tensaba el arnés, Taupek pronunciaba su nombre con un grito y hacía restallar el látigo en el aire.

La americana giró la cabeza y la examinó. Llevaba los ojos semicerrados y el cuerpo echado hacia delante para ofrecer menos resistencia al aire. ¿Quién sería aquella chica? ¿Cómo podía sobrevivir sola en medio de aquellos parajes inhóspitos? Habría de tener cuidado de no volver a utilizar la palabra «esquimal», ese pueblo la consideraba peyorativa porque significaba «comedores de carne cruda». Ellos se autodefinían como inuits, que significa «personas».

Media hora más tarde la temperatura cayó de forma alarmante y Melania se subió la piel del oso hasta la barbilla. El viento arreció levantando una fina cortina de nieve en polvo del suelo y pronto se generó una neblina que impedía ver a más de cincuenta metros por delante. La oscuridad también aumentó.

Taupek levantó la cabeza.

—Ya está aquí el bóreas —musitó y detuvo el trineo—. ¡*Whoa, whoa, whoaaa!*